

colección **¿Y si fuese cierto...**

TODO VALE

©Juan Ignacio Montiano, 2012
1ª edición: febrero 2010
4ª edición: marzo 2012

Derechos exclusivos de edición
reservados para todo el mundo.

Diseño de portada
Héctor Gomis
Maquetación
La Torre de Ferreiro

©Ven y te lo cuento **ediciones** S.L.
Plza. Catalunya, 8 pral. 08007 Barcelona
www.venytelocuento.com
info@venytelocuento.com
ISBN – 978-84-937069-9-9
Depósito Legal:
Impreso en España

Ninguna parte de esta publicación, incluido el diseño de la cubierta, puede ser reproducida, almacenada o transmitida en manera alguna ni por ningún medio, ya sea electrónico, químico, óptico, de grabación o de fotocopia, sin autorización escrita del editor.

JUAN IGNACIO MONTIANO

Todo vale

ven *y* te lo cuento ediciones

*A Karmele,
Paula y Marta.*

1

—Hola... —una voz de mujer de tacto de terciopelo y rasgándose hacia la miel—.

—Hola, ¿quién eres? —sorprendido al otro lado del teléfono—.

—Verás, tú no me conoces, te vas a creer que estoy un poco loca, pero me ha costado mucho decidirme a llamarte —voz sensual acomodándose hacia una descarada y falsa timidez—.

—¿Pero quién eres?

—Es que no me conoces. Yo sí te conozco a ti. Sé donde trabajas. Te he visto tantas veces...

—Ya. ¿Quién te ha dado mi número?

—Bueno, le he mentado a la telefonista. Le he dicho que me atendiste el otro día, que había perdido el bolso, que quería saber si lo llevaba cuando estuve allí... en fin, ha colado. No se lo tengas en cuenta; no ha sido culpa suya.

—¿Qué quieres?

—Verás, te voy a ser sincera, voy a ir al grano. Yo soy así —un silencio inesperado—.

—Es que me atraes mucho y me gustaría que quedáramos, sin compromiso, sólo para conocernos. Tomamos un café...

—No puedo, tengo novia, y además...

—Pero no te estoy pidiendo nada raro, sólo quedar, conocernos, tomar algo y luego si quieres te vas. A mí me apetece algo más, pero en fin... —voz de caramelo, de chocolate, con envoltorio transparente—.

—Pero es que no te conozco de nada.

—Pues eso, así podrías conocerme. Igual te llevas una grata sorpresa —suspiró—.

—¿Tú crees... cómo eres?

—¿Cómo te gustan a ti las mujeres?

—Me gustan que tengan de todo, y de manera generosa.

—No lo ves, es que soy tu tipo, tu mujer ideal. ¿Qué me dices, nos vemos?

—No joder, que ahora estoy comprometido, no me jodas, no me tientes.

—Es que llevo tanto tiempo viéndote mientras trabajas, tienes un estilazo, y estás tan bueno...

—Es que, es que...

—No te agobies, por mí no tienes por qué preocuparte, yo no quiero casarme contigo. Te estoy hablando de vernos, podría ser en mi casa, vivo sola, ¿sabes? El día que tú quieras y puedas, vienes, te pongo una cenita rica y luego un postre increíble.

—¿Qué postre?

—¿Te gustan los tangas con sabor a turrón?

—¡La hostia, tía! Me estoy poniendo cachondo, cachondo... pero es que...

—Te voy a comer entero, ya verás, todo, todo —felina, insaciable—.

—Es que si me ve alguien...

—Si no se va a enterar nadie, si nadie nos va a relacionar, si ni siquiera vivo por tu zona. Venga, quedamos el miércoles a las ocho de la tarde.

—No, el miércoles no, que tengo que ir a probarme un traje, mejor el jueves.

—Entonces, ¿vendrás?

—¿Dónde vives?

—Espera, que te paso con alguien que te dará la dirección.

—¡Cabrón, hijo de puta, cabrón! —la voz de otra mujer, con el paladar lleno de lágrimas, rabia y cólera—.

—¿Adela, Adela, eres tú? —él, desconcertado—.

—Cerdo, que eres un cerdo, guarro, casi quedas el día que íbamos a ir a probarte el traje. ¡Dios mío! —sollozando, avergonzada—.

—No es lo que parece Adela, de verdad, que no pensaba ir, que se lo he dicho para quitármela de encima, de verdad, créeme Adela, cariño —acojonado el tío—.

—Cariño ni mierda, no quiero volver a verte en tu puta vida, cabrón.

—Espera...—tuuuuuu, colgó el teléfono—.

Se oyen risas y la sintonía del programa de radio de FM de mayor audiencia de primera hora de la mañana: “¡Vete por ahí!” Toma la palabra el presentador y director Fernando Blasco, un joven triunfador y vanidoso que se sabe el centro del Universo:

—*Te pillaron colega. A ver si se cree tu ex novia que ibas de broma. La cagaste, con perdón. Blanca* —refiriéndose a su colaboradora que había hecho de gancho—, *has estado genial, hasta yo me he puesto cachondo, cachondo* —más risas de los colaboradores—. *Ya sabéis, si queréis hacer un test a vuestro novio o novia, no tenéis mas que llamar al 91 35 35 35, aquí, a ¡Vete por ahí!, de*

los Treinta y Cinco principales, el mejor programa para empezar el día, tu sintonía. Ahora os dejo con el número uno: “Tonto”, de El Canto del Loco. Buen lunes a todos.

Estaba eufórico. Le dio un sorbo a una taza de café y miró al realizador, éste le hizo un gesto con el pulgar hacia arriba, eso quería decir que la audiencia se había disparado con el test de novios.

La idea había sido suya: sencilla pero brillante. Consistía en poner una celada a un tío delante de su novia, para que viera que cuando decía que le quería sólo a ella y que siempre le sería fiel, mentía como un bellaco. Lo habían intentado al revés pero salía mal, las tías no caían. Pero los tíos eran un filón; la mayoría, guiados por la batuta de su polla, sucumbían a un plan tan excitantemente sencillo y, en principio, limpio.

2

Fernando Blasco estaba en la cresta de la ola, triunfando en las ondas radiofónicas durante tres años consecutivos. Aún no había cumplido treinta y cinco años, era moreno, de ojos claros y estaba en forma, con un cuerpo atlético que cuidaba con una dieta equilibrada, deporte casi diario y nada de alcohol ni tabaco. Soltero, con un piso en la Castellana sin hipoteca, un Mercedes último modelo y una lista telefónica de tías dispuestas a mamársela con tal de que les diese un empujoncito en el mundillo del famoseo y, claro, también tenía una novia oficial: modelo, ex mis España, un bombón con el que pasearse por todos los saraos de la pomada madrileña. Encima, ahora estaba a punto de dar el salto. Tele Mil preparaba un programa a su medida, él sería el presentador y esperaban conseguir un share del veinticinco por ciento, después de esto,

ya sólo el cielo le estorbaría para hacer cabriolas.

El programa de radio empezaba a las siete de la mañana y acababa a las diez, el test de novios lo hacían a las ocho menos cuarto, la hora de máxima audiencia. Ese día, hasta que acabaron, estuvieron descojonándose del pobre tipo que se había quedado sin novia. Entre “me estoy poniendo cachondo” y “no iba en serio cariño”, se les fue la mañana.

Hicieron otras bromitas, de otro tipo, que básicamente consistían en tocar los cojones al personal, aprovechándose de la buena voluntad e ingenuidad de la gente. El sistema se basaba en reírse de alguien gratuitamente y conseguir un incremento de la audiencia y así, de publicidad, lo que se traducía en un beneficio económico. No eran ellos los malos en realidad, la audiencia es soberana, y si no les parece bien, que cambien de frecuencia, se decían justificando hipócritamente su ruindad. Pero de todas las tocadas de pelotas que hacían al personal, se llevaba la palma el test de novios. Era difícil de creer que no se fuesen a casa algo jodidos después de romper en cinco minutos una relación de, quizás, cinco años. Aunque era ella la que venía a pedir el test a la radio, porque ya sospechaba algo de su no-

vio. Incluso si él no caía en la trampa, la relación quedaba igualmente dañada, pues el novio perdía súbitamente la confianza en una tía que era capaz de llamar a la emisora y ponerle a prueba de aquella manera tan difícil de esquivar. ¿Qué sería capaz de hacer una vez casados, si seguía sospechando de él?

En fin, que Fernando Blasco argumentaba su vil manera de hacer radio: primero, ella ya viene sospechando de él, bien porque tiene sus motivos o porque es una paranoica, de cualquier forma, esa pareja no se sostiene, —solía razonar con sus colaboradores—. Por otro lado, si sube la audiencia es que a la gente le interesa, y ¿quiénes somos nosotros para educar a la canallesca, qué vamos a hacer ahora, convertirnos en profesores de ética? ¡Anda y que les den por ahí!, —acostumbraba a concluir sus públicas y aplaudidas reflexiones—.

Ese día, como siempre, después de acabar la emisión, se quedó con su equipo preparando el programa siguiente. Blanca Ramírez no le parecía gran cosa, pero tenía una voz sensual y cachonda muy apta para amorcillar a las víctimas. También estaba allí Víctor Salcedo, que era el gracioso del grupo, sin más virtudes que las de

parecer idiota cuando hablaba y carecer de la más mínima educación con los invitados y con los oyentes que llamaban, y finalmente, Lucas Gómez, el hombre orquesta, un imitador hábil que daba mucho juego, pues era capaz de poner la voz de cualquier famoso.

—¿No nos estaremos pasando un poco? —dijo Lucas—.

—¿A qué te refieres? —preguntó Fernando—.

—No sé, a eso del test de novios —reflexionó—. Me parece una pasada.

—No seas panoli, joder, hemos hablado de eso infinidad de veces, si no te gusta cómo hago las cosas, ya sabes lo que tienes que hacer. Imitadores como tú hay a patadas, ¿me entiendes? —le podía muchas veces la soberbia al flamante director—.

Acabaron a eso de las doce. Fernando bajó al aparcamiento del edificio donde estaba la emisora y cogió su Mercedes descapotable dos puertas, color rojo rasgado uterino. Comería una ensalada y después se echaría una pequeña siesta. Hoy tocaba golf, otros días era pádel, alguna cena de compromiso y siempre pronto a la cama, pues a las cinco y media había que estar en pie y en plena forma. Esa era su vida.